

Envejecimiento y familia en un contexto de cambio

POR MARÍA JULIETA ODDONE

Licenciada en Sociología (UBA), magíster en Gerontología (Universidad Nacional de Córdoba) y doctora en Antropología (UBA). Es profesora titular de "Sociología de la vejez" y en la Carrera de Relaciones del Trabajo. Es investigadora del CONICET y también dirige proyectos de investigación en la UBA. Se desempeñó como secretaria de Posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Actualmente es directora del Programa Envejecimiento y Sociedad de FLACSO. Ha realizado numerosas publicaciones en libros y revistas científicas, y asesorado a organismos nacionales e internacionales sobre la temática del envejecimiento y la vejez.



ARCHIVO LEHKUNIEC

ANA, ANNA, ESTELA, NIKOLAI Y CARLOS

La idea de que la marginación de los viejos en la vida moderna se debe al pasaje de la familia extensa a la familia nuclear se desdibuja a partir de los estudios que indican que el principal proveedor de bienes y servicios para ellos son sus propias familias y a partir de la investigación histórica. La familia multigeneracional, que forma parte del mito sobre el bienestar de la vejez en el pasado, ha existido muy raramente por entonces. En efecto, a finales del siglo XIX y a comienzos del XX, menos del 20% de los hogares norteamericanos, por ejemplo, abarcaban más parientes que los de la familia nuclear, y no todos esos parientes eran abuelos. De acuerdo con el historiador Peter Laslett, la familia nuclear fue la forma característica de residencia en Inglaterra desde finales del siglo XVI.

No obstante estas evidencias, uno de los errores más populares sobre la familia en el pasado es creer que la mayoría de los niños crecieron en hogares trigeneracionales junto con sus padres y abuelos. Investigaciones recientes han desarmado este mito dado que la presencia de abuelos, padres e hijos viviendo en el mismo hogar no constituía la forma habitual de convivencia.

En primer lugar, había demasiados nietos y pocos abuelos para que esto pudiera ser una situación común. La familia típica es como una pirámide con muchos miembros jóvenes en la base y muy pocos viejos arriba. Obviamente, los abuelos no podían vivir en la misma casa con los hijos de sus hijos si hubiera tres, cuatro o cinco casas con nietos. Además, simplemente existían

pocos abuelos disponibles, al promediar los años 1800 solamente un 2% de la población vivía más allá de los 65 años. Dada esta limitada expectativa, la vida de muchos abuelos no coincidía con la de sus nietos durante un período significativo de tiempo. Aun si los nietos y abuelos vivieran en el mismo hogar, sería una breve fase, después de la cual el hogar volvería a la forma nuclear de dos generaciones (Oddone y Salvarezza, 2010).

En el otro extremo, las investigaciones actuales sobre familia muestran que del mismo modo en que se verticalizan las pirámides de población como producto de su envejecimiento, también se verticalizan las familias. No se trata solamente de la sucesión de cuatro o cinco generaciones vivas, sino que éstas tienen en su seno cada vez más personas viejas (abuelos, bisabuelos y tatarabuelos) y menos jóvenes (producto de la disminución de la natalidad). Son generaciones que se suceden dentro de una misma familia en continuidad vertical, pero sin parientes horizontales o laterales. Con pocos hermanos o sin ellos, en situaciones extremas podrían llegar a desaparecer las categorías de primos y/o tíos. Existe consenso en la literatura actual de que en este tipo de familias disminuirán las relaciones intrageneracionales pero aumentarán las relaciones intergeneracionales.

Por lo tanto, un número creciente de personas viejas vivirán solas, sin redes primarias de apoyo, producto de esta verticalización de las familias (ruptura de la solidaridad vertical), y la realidad asistencial deberá recaer sobre redes de apoyo coetáneas (solidaridad horizontal) no consanguíneas (Monk, 1997).

Es esperable que las familias se conformen con esta imagen vertical y, como consecuencia, se produzca un cambio social que requerirá que las relaciones sociales se construyan más allá del marco familiar y deba estimularse la solidaridad dentro de la misma cohorte de cada individuo, dependiendo de la generación en que se encuentre. Al haber menos relaciones horizontales —porque habrá menos parientes laterales— lo que ocurrirá es que aparecerán lazos de parentesco sustitutos, que a su vez deberán ser estimulados por las políticas sociales.

Es así que *la familia* —como institución— ha tenido que realizar cambios para ajustarse a las nuevas situaciones que le presenta la coexistencia, por más tiempo, de más cantidad de generaciones familiares. Los roles parentales y filiales se prolongan y deben ajustarse a la evolución del curso vital de quienes los ocupan, aquellos que eran raros en tiempos anteriores se generalizan e incluso se universalizan, particularmente, los de abuelo o abuela. La coexistencia prolongada de las generaciones impone un nuevo marco demográfico en el que las familias tienen que desenvolverse. El cuidado de los muy viejos; las relaciones entre las generaciones más alejadas temporalmente; las pautas de cooperación entre

► unos y otros, son asuntos nuevos a los que la familia tiene que dar respuesta. La emergencia de este escenario no está exento de nuevas figuras que se reflejan en la vida familiar de los mayores y algunas de las cuales empiezan a tener una importancia numérica notable: padres mayores que tienen hijos adultos todavía bajo su techo (fase de crianza prolongada), hijos adultos mayores que tienen que dar respuesta de una u otra forma a las necesidades de cuidados de sus padres muy ancianos; abuelos y abuelas que recuperan con mayor o menor intensidad funciones de crianza y tutela de menores; hijos adultos que regresan al hogar de sus padres tras un fracaso matrimonial, laboral o de otra índole. Estas figuras conviven con situaciones más tradicionales como las parejas en fase de nido vacío que prolongan su existencia merced a la mejora de las posibilidades de supervivencia, o los mayores que viven solos ya sea por soltería, por viudedad o, por divorcio o separación en edades tardías.

Los análisis sociológicos clásicos implican que la relación entre padres mayores e hijos adultos queda fuera del círculo de intimidad en tanto la nuclearización de la familia supone que las relaciones más significativas son

las que se producen en el ámbito de la familia de procreación (la que uno forma) y no en la familia de pertenencia (la que uno nace), por lo que se asigna una importancia secundaria a las relaciones entre padres mayores e hijos adultos.

Martine Segalen, Daniele Lapierre y Claudine Attias-Donfut (2002), por otra parte, recuperan la importancia de las relaciones entre padres e hijos, aun cuando éstos hayan abandonado el hogar paterno y hayan formado su propia familia. Las relaciones intergeneracionales cobran relevancia en la época actual, debido a su continuidad en el tiempo frente a la inestabilidad de muchas parejas que se interrumpen como consecuencia del divorcio; al aumento de la expectativa de vida que permite prolongar en el tiempo los vínculos entre padres e hijos y entre abuelos y nietos, y al proporcionar el patrimonio simbólico de la memoria, la historia y la cultura. Es en este sentido que el postulado tradicional de "que la familia moderna se reduce a las personas con las que se convive" quedaría desmentido. Más aún, compartir el mismo techo no sólo constituye una fuente de tensiones entre los miembros de la familia, sino que es contraproducente porque impide mantener la "distancia"



ARCHIVO LEHKNIEC

INÉS, DON POCHO Y DELIA

DEL MISMO MODO EN QUE SE VERTICALIZAN LAS PIRÁMIDES DE POBLACIÓN COMO PRODUCTO DE SU ENVEJECIMIENTO, TAMBIÉN SE VERTICALIZAN LAS FAMILIAS. NO SE TRATA SOLAMENTE DE LA SUCESIÓN DE CUATRO O CINCO GENERACIONES VIVAS, SINO QUE ÉSTAS TIENEN EN SU SENO CADA VEZ MÁS PERSONAS VIEJAS Y MENOS JÓVENES.

necesaria para que las relaciones sean posibles. Se entiende que la autonomía de los núcleos -que implica mantener domicilios separados- es una condición necesaria para su existencia (neolocalidad).

Por otra parte, la familia implica la provisión de cuidados y ayuda de diverso tipo más allá de las situaciones críticas que producen las cuestiones ligadas a la salud-enfermedad. Las familias no sólo comparten recursos materiales, sino que también comparten recursos *afectivos*: amor, sentimientos y afectos personales; *expresivos*: de comprensión, escucha, y atenciones; de *apoyo mutuo*: protección y acompañamiento. Por otra parte, los cambios recientes operados en esta institución hacen que estos aspectos relacionados con la emotividad y el intercambio de servicios adquieran cada vez mayor relevancia. En efecto, la familia es, casi de forma natural, un lugar de solidaridad. El envejecimiento de la población ha cambiado el contenido de la solidaridad dado que, *hay más personas mayores que cuidar* pero también *hay más personas mayores para cuidar* (a otros, nietos). En efecto, la coexistencia prolongada de distintas generaciones dentro de las familias ofrece un potencial importante de solidaridad familiar que se puede manifestar en la vida cotidiana, pero sobre todo en momentos de crisis.

FAMILIA E INTERCAMBIOS GENERACIONALES: EL CASO ARGENTINO

A continuación presentamos un breve análisis basado en distintas investigaciones realizadas en nuestro país sobre algunas cuestiones relacionadas con la ayuda intergeneracional, los intercambios de apoyos y cuidados, los sentimientos en relación con la marginación y las situaciones de violencia familiar.

En primer lugar, resulta interesante analizar los datos acerca de cómo se componen los hogares de las

personas de mayor edad. Es así que conviven con cónyuge, 33,4%; con cónyuge e hijos, 20,4%; y con hijos, 15,8%; siendo baja la proporción de los que conviven con hermanos u otros familiares, 7%.

En las ciudades pequeñas los ancianos tienden a vivir en familias extensas compuestas por dos y tres generaciones, es decir, con hijos y nietos. En cambio, en las grandes, es mayor el porcentaje de los que viven solos, pues en éstas la modalidad de la "intimidad a distancia" es más popular.

Si bien el 20,3% que viven solos constituyen una proporción nada despreciable, esto no significa que no mantengan contacto con su grupo familiar del mismo modo que aquellos que viven con sus cónyuges (33,4%). En efecto, la gran mayoría manifiesta mantener un contacto muy estrecho con sus familiares, las visitas son asiduas, los apoyos de bienes y servicios son mutuos y frecuentes. En muchos casos se dan formas de familia ampliada o extensa modificada, en la cual los hijos casados viven en casas separadas pero éstas se encuentran en el mismo barrio o vecindario que las de sus padres, de manera que se ven a diario, aunque no se conviva.

En términos generales, la evaluación que realizan las personas de mayor edad con respecto a la relación con su familia es altamente favorable. La opinión positiva que tiene la mayoría de los entrevistados del trato que recibe de sus familiares se refleja en el importante nivel de aceptación que tienen las siguientes frases: su familia "tiene en cuenta sus opiniones", "lo participa de las decisiones familiares", "se preocupa por su salud", "respeto sus gustos y deseos", "se interesa por sus necesidades", "comprende sus problemas" (todas con valores superiores al 75%). Pero ante la frase "lo sobreprotege", el comportamiento fue diferente. A pesar de haber sido presentada dentro de una serie de opciones positivas, tiene una connotación negativa como modalidad de relación que favorece la dependencia. Los que mayormente ►

UN NÚMERO CRECIENTE DE PERSONAS VIEJAS VIVIRÁN SOLAS, SIN REDES PRIMARIAS DE APOYO, PRODUCTO DE ESTA VERTICALIZACIÓN DE LAS FAMILIAS (RUPTURA DE LA SOLIDARIDAD VERTICAL), Y LA REALIDAD ASISTENCIAL DEBERÁ RECAER SOBRE REDES DE APOYO COETÁNEAS (SOLIDARIDAD HORIZONTAL) NO CONSANGUÍNEAS.

► sienten que la familia los sobreprotege y no solicita su ayuda son los mayores de 80 años de edad. Nos preguntamos entonces hasta dónde esa sobreprotección implica no dejar hacer, poner límites a la actividad de los viejos, provocando involuntariamente la dependencia y el aislamiento. ¿Hasta dónde debe llegar el cuidado para que no resulte ser inhabilitante dando lugar a una profecía autocumplida? Sabemos que en algunos casos extremos la dependencia puede ser considerada una construcción producto del “excesivo cuidado” familiar y profesional.

Con el fin de continuar con el tema de la evaluación de la integración familiar se consideraron con especial relevancia las actividades realizadas para la familia. Los estudios indicaron que las tareas del hogar, los trámites y fundamentalmente el cuidado de los nietos son las actividades más realizadas por los mayores. En este marco toma importancia el contenido del rol de abuelo que va más allá del cuidado de los nietos. Esta relación se produce a partir de la implicación de la generación intermedia, los hijos, y es necesario que se establezca en los primeros años de vida de los nietos. Para las familias el abuelo resulta funcional para el mantenimiento de la unidad familiar, en la mediación de los conflictos entre las generaciones segunda y tercera, y como los portadores de la historia familiar. Para los nietos, los abuelos garantizan la existencia de una historia familiar que es también la historia personal de las generaciones sucesivas y pueden actuar como red de seguridad ante la presencia real o potencial de problemas o situaciones de crisis¹.

Con respecto a los cuidados que a su vez, prestan las familias a sus integrantes de edad avanzada vemos que el 5% de la población de mayores recibe cuidados especiales dentro del ámbito familiar. Una caracterización del perfil de los cuidadores familiares nos indican que: el 88% son mujeres, que el 80% tienen más de 50 años, que el 60% está con el anciano enfermo más de cinco horas diarias y que el 72% se hace cargo de esta tarea diariamente. La investigación cualitativa evidencia el agotamiento que padecen los que detentan el rol de cuidadores en casos extremos, muestra los altos costos que conlleva el cuidado y da cuenta de la necesidad de políticas sociales específicas (Oddone y Aguirre, 2007).

Otro ítem se refiere a la ayuda económica prestada por los viejos a sus familias. Fue otra de las maneras de evaluar la calidad de su relación con la misma: con el resultado de que el 30% de los entrevistados presta ayuda económica a su familia. Lo hacen más los varones, que por lo general son jefes de hogar, que las mujeres. La disminución de la ayuda de los viejos a su familia se produce a medida que aumenta la edad. Son los viejos de nivel económico social (NES) alto quienes en mayor proporción prestan ayuda económica, de hecho casi la mitad (47,1%) lo hace. Es significativo observar que el 24,2% de los vie-

Notas

¹ En muchos contextos de pobreza urbana y rural constatamos abundantes situaciones donde las abuelas se hacen cargo totalmente de la crianza de nietos.

² Para ampliar información sobre las cifras internacionales ver Plamondon (2000).

³ Hugonot (1993) distingue violencia física (golpes, violación, muerte), psicológica (lenguaje grosero, crueldad mental, amenazas); financiera (retención de la pensión, robo, herencia anticipada); derechos del ciudadano; medicamentosa (exceso o privación de medicamentos) y la negligencia (activa y pasiva).

Bibliografía

- Attias-Donfut, Claudine; Lapierre, Daniele y Segalen, Martine (2002). *Le Nouvel esprit de famille*. París, Odile Jacob.
- Giddens, Anthony (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra.
- Hugonot R. (1993). "Role des services sociaux: SOS maltraitance", en *Gérontologie et Société*, París.
- Laslett, Peter (1987). *A fresh map of Life. The Emergence of Third Age*. Harvard University Press.
- Monk, Abraham (1997). *Actualización en Gerontología*. Buenos Aires, Asociación Gerontológica Argentina.
- Oddone, María Julieta (1991). *Ancianidad, contextos regionales y redes de intercambio*. Buenos Aires, CEIL-CONICET, Serie de Documentos de Trabajo, N° 28.
- Oddone, María Julieta (2001). "Actitudes, percepciones y expectativas de las personas de mayor edad". Secretaría de Tercera Edad y Acción Social. N° 2 y N° 3. Serie de Informes. Buenos Aires.
- Oddone, María Julieta y Aguirre, Mónica (2004). "80 y más: los desafíos de la longevidad", en Molina, Silvia. *Aspectos Psicosociales del Adulto Mayor. Salud comunitaria, creatividad y derechos humanos*. Colección Salud Comunitaria. Serie Adultos Mayores. Remedios de Escalada, Editorial UNLA.
- Oddone, María Julieta y Aguirre, Mónica (2005). "Impacto de la diversidad en el envejecimiento", en *Psicólogos. Revista de Psicología*, Año XV, N° 15. Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Oddone, María Julieta y Aguirre Mónica (2007). "A pendular movement between the intergenerational pact and the exhaustion of support networks in Argentina", en Paoletti, Isabella (ed.). *Family Caregiving for Older Disabled People: Relational and Institutional Issues*. Nueva York, Nova Publishers.
- Oddone, María Julieta y Salvarezza Leopoldo (2010). "Una mirada gerontológica sobre la vejez", en Roisinblit, Ricardo: *Odontología para las personas mayores*. Buenos Aires, Asociación Odontológica Argentina.
- Pérez Ortiz, Lourdes (2006). *La estructura social de la vejez en España*. Madrid, INSERSO.
- Plamondon, Louis (2000). "Violence en gériatrie", en *Gérontologie et Société*, N° 92. París.

EL CUIDADO DE LOS MUY VIEJOS; LAS RELACIONES ENTRE LAS GENERACIONES MÁS ALEJADAS TEMPORALMENTE; LAS PAUTAS DE COOPERACIÓN ENTRE UNOS Y OTROS, SON ASUNTOS NUEVOS A LOS QUE LA FAMILIA TIENE QUE DAR RESPUESTA.

jos más pobres también ayudan a sus hijos y nietos. Como contrapartida, los viejos más pobres declaran en un 30% recibir ayuda por parte de sus familiares, ya sea en dinero o mediante el pago de los gastos de la casa.

Las preguntas destinadas a evaluar la integración familiar se complementaron averiguando si los viejos se han sentido marginados por parte de sus familias. El 87,9%, opinó que sus familias nunca los marginaron, pero este porcentaje asciende al 96,1% de los entrevistados de NES alto y descende al 85,7% de los de NES bajo. Asimismo, el 12,6% de NES bajo considera que su familia lo margina siempre (2,6%) o a veces (10%), en tanto que entre los de NES alto sólo el 3,9% se siente marginado algunas veces y ninguno opinó que siempre.

Finalmente, teniendo en cuenta que la familia también es un ámbito donde circulan situaciones de conflictos que pueden expresarse violentamente, se trató de averiguar la existencia de situaciones de violencia familiar, definiendo por tal una acción y/o una omisión o negligencia que ponga en peligro la salud o bienestar de una persona anciana. Dado lo delicado del tema, se garantizó el anonimato de la respuesta. Esta forma de medición nos llevó a saber que en las zonas urbanas estamos duplicando los porcentajes de violencia familiar informados en la literatura internacional², que son de

LA FAMILIA ES, CASI DE FORMA NATURAL, UN LUGAR DE SOLIDARIDAD. EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN HA CAMBIADO EL CONTENIDO DE LA SOLIDARIDAD DADO QUE, HAY MÁS PERSONAS MAYORES QUE CUIDAR PERO TAMBIÉN HAY MÁS PERSONAS MAYORES PARA CUIDAR (A OTROS, NIETOS).

alrededor de un 4%, ya que el 8,5% de nuestros entrevistados ha padecido alguna forma de violencia³ por parte de sus familias.

Se observó que en las ciudades pequeñas, en las que los viejos viven en mayor proporción en familias extensas, donde conviven tres generaciones, la violencia era más frecuente. Otra observación fue que sufren más situaciones de violencia los viejos-jóvenes que los viejos-viejos. Parecería que la mayor vulnerabilidad no estaría actuando en estas familias como un estímulo para el maltrato. Esto también puede interpretarse desde la perspectiva del choque intergeneracional, por el cual surgen situaciones de agresión de distinto grado de intensidad cuando se defienden cuotas de poder. Estas tienden a disminuir cuando una de las partes no está en condiciones de ofrecer oposición, como aparentemente sería el caso de los viejos-viejos. En la misma línea interpretativa podría situarse el hecho de que ocurra con mayor frecuencia en las ciudades más pequeñas, pues en ellas es mayor la cantidad de los que conviven con su familia.

Por último, a partir de los estudios cualitativos dedicados al análisis de los vínculos familiares hemos podido esclarecer los mecanismos por los cuales se mantienen las redes de reciprocidad y ayuda mutua en el seno de las familias. Con el envejecimiento, la familia, que ya ha cumplido con la fase de la reproducción biológica, se encuentra en situación de reemplazo social. Esto no implica que no se mantengan las redes de intercambio. Por el contrario, estas son favorecidas y se prolongan durante todo el curso de la vida. En el largo plazo toman la forma de un “pacto intergeneracional” por el cual la ayuda prestada por los padres en el proceso de crecimiento y formación de los hijos es devuelta por éstos como protección en la vejez. Este “pacto” es normativo y pone en juego las “obligaciones morales” y aunque a menudo se pone en duda la subsistencia de este pacto, las investigaciones, una y otra vez, reiteran su vigencia (deuda simbólica).

Estas redes de ayuda y reciprocidad constituyen el “capital” de los viejos en nuestra sociedad, siendo la familia la base de protección del anciano aunque, por supuesto, no exenta de cierto grado de conflicto.

Si bien las investigaciones nos muestran a las familias actuales como las principales contenedoras de los ancianos y, al mismo tiempo nos ilustran del aporte que ellos hacen para la resolución de la vida de sus hijos y nietos, el proceso de cambio en el que se encuentra la estructura de las mismas nos indica que en un futuro cercano los ancianos y sus verticalizadas familias deberán ser contenidos por redes de la sociedad civil. Ello nos lleva a reflexionar sobre las tensiones que operan sobre la familia actual, con el fin de que las políticas sociales integren entre sus objetivos apoyos específicos para una institución que cambia. •